

Francisco Delich y América Latina



FLACSO
ARGENTINA



CLACSO

Esteban Torres
y Juan Russo
(Editores)

PENSAR EN DELICH

Marcelo Casarin

La comprensión de los asuntos políticos e históricos, en tanto que son tan profunda y fundamentalmente humanos, tiene algo en común con la comprensión de los individuos: solo conocemos quién es esencialmente alguien después de su muerte.

Hannah Arendt

La última vez que nos vimos, en mayo de 2016, acabábamos de celebrar el 12º ciclo de un programa posdoctoral que fundamos en el año 2004.¹ No sabíamos que estaba viviendo sus últimos días: apenas unos signos de enfermedad en su rostro, mitigados por el pudoroso modo de sobrellevarla, y por el entusiasmo y la vitalidad de ese trabajador incansable que era Delich.

Estaba dedicado a pensar. A su manera, como lo hizo siempre pero aliviado, a prudente distancia de la acción: mirar, escuchar, leer y escribir.² Alejado de la función pública (de la Cámara de Diputados de la Nación) en 2009, estaba entregado de lleno a la vida académica e intelectual:

1 Se desarrolló en durante una semana de marzo de 2016, en las sierras de Córdoba. El evento estuvo dedicado a discutir las ideas de Manuel Castells, quien estuvo presente, bajo la coordinación de Francisco Delich y Fernando Calderón.

2 Aquí puede encontrarse una resonancia del conocido libro de Claude Lévy-Strauss, *Regarder, écouter, lire*, 1993; pero quizá la referencia más cercana sea el trabajo de Roberto Cardoso de Oliveira, «O Trabalho do Antropólogo: Olhar, Ouvir, Escrever», *Revista de Antropologia*, 39 (1), 1996.

dirigía el Doctorado en Estudios Sociales de América Latina y el programa posdoctoral que mencioné, en el Centro de Estudios Avanzados de la Universidad Nacional del Córdoba, un instituto de investigación y posgrado que él mismo creó a inicios de los 90 cuando se desempeñaba como rector de la propia Universidad reformista.

Una parte de sus desvelos intelectuales pueden leerse en los textos que publicó en los últimos años: *Memoria de la Sociología argentina*, de 2013, que editó Alción;³ *808 días en la Universidad de Buenos Aires*, de 2014, de Eudeba; y el libro póstumo *Megalópolis: Política y vida cotidiana en Buenos Aires*, de 2017, también en Eudeba. A esta lista de producciones recientes deberían agregarse, por lo menos, sus contribuciones en los libros de la Colección Posdoc, que él mismo dirigía para la editorial Comunicarte: me refiero a «Si Marx viviera...» (2012), «Para una sociología de la subjetividad» (2014) y «Visitando a los padres fundadores de la sociología económica» (2017). Se trata de textos que obran como presentaciones de estos volúmenes colectivos, con trabajos seleccionados del programa posdoctoral mencionado más arriba. Los suyos no son escritos de ocasión, no son prólogos superficiales: son ensayos sustanciosos, que dan cuenta de la erudición y sensibilidad de Delich, y de su agudeza para interpretar e interpe- lar el tiempo que le tocaba vivir.

I. El método Delich

Método, para llamar de alguna manera su modo de estar en el mundo: entre la acción y la reflexión. Entre la militancia, la

3 Lamentablemente se trata de una edición fallida: plagada de errores y de erratas, no está a la altura de su autor ni del valioso contenido del libro.

participación política, la gestión y la producción intelectual. Su derrotero parece un desafío a la terminante afirmación de Arendt: «Si se desea pensar, hay que retirarse del mundo».⁴

Si revisamos sus campos de acción de los últimos 40 años, si enumeramos los diversos cargos que ocupó, advertiremos una consistencia sorprendente con este método epistémico-vital que, como al pasar, mencioné más arriba: mirar, escuchar, leer y escribir. Heterodoxo y proclive a la interdisciplinariedad, al diálogo abierto de ese vasto campo de construcción del conocimiento siempre puesto en cuestión: las ciencias sociales, a cuyo fortalecimiento contribuyó en cada lugar en que le tocó actuar. En efecto, el itinerario, el recorrido de este singular *homo faber* que fue Delich lo tuvo ocupando cargos máximos en la conducción de instituciones como CLACSO, FLACSO, la Universidad de Buenos Aires y la Universidad Nacional de Córdoba; la Secretaría de Educación de la Nación y la Biblioteca Nacional.

Durante estos largos períodos de gestión y actuación política es evidente que Delich no estaba de sabático intelectual; en todo caso, llevaba adelante una suerte de extenuante trabajo de campo: estaba ocupado en mirar y escuchar.

También debe agregarse a esta lista sus actuaciones como legislador provincial y nacional; y también su participación como convencional constituyente por la provincia de Córdoba, en 1994. Tampoco, en estas acciones, estaba alejado del trabajo intelectual, aunque quizá su mayor energía, su economía libidinal, estuviera orientada a leer y escribir (aunque, claro, su pensar se orientara a la finalidad para la que había sido elegido).⁵

4 Arendt, H., *De la historia a la acción*, Paidós, Barcelona, 1995, p. 140.

5 Algo de la índole de su participación como convencional constituyente, del espesor intelectual de sus intervenciones puede leerse en «La Reforma Cons-

El método Delich se desplaza desde los límites disciplinares de una sociología pura hacia un terreno más antropológico: haber estado allí, en medio de los asuntos y con su formación intelectual, lo convertían en un sujeto de dos caras: etnólogo e informante clave al mismo tiempo. Lo cito desde la presentación a la reedición de un libro suyo referido al Cor-dobazo:

cuesta entonces situar el análisis coyuntural en parámetros estrictamente científicos y sociológicos; sin embargo, la riqueza de un análisis que reúna teoría con datos significativos, que piense la sociedad en movimiento, con una conciencia opaca y oscilante [...], es probablemente más rica que la mera relación de acontecimientos singulares, despojados de toda tentativa de explicación mayor.⁶

El método Delich no rehúye la imaginación como recurso gnoseológico. La imaginación, que según Arendt

nos permite ver las cosas con su verdadero aspecto, poner aquello que está demasiado cerca a una determinada distancia de tal forma que podamos verlo y comprenderlo sin parcialidad ni prejuicio, colmar el abismo que está demasiado lejos y verlo como si fuera familiar.⁷

Distanciamiento o extimidad, Delich parece contradecir en parte la recomendación y recuerda a propósito de *Crisis y protesta social: Córdoba 1969* que «se escribió al calor de los acontecimientos, del propio movimiento social, cuando toda-

titucional», en el anexo III de *Megalópolis. Política y vida cotidiana en Buenos Aires*, Eudeba, Buenos Aires, 2017, pp. 205-209.

⁶ Delich, F., *Crisis y protesta social: Córdoba 1969*, Centro de Estudios Avanzados, Universidad Nacional de Córdoba, Córdoba, 1970/1994, p. 10.

⁷ Arendt, H., ob. cit., p. 45.

vía no se pensaba en una teoría de los movimientos sociales» y que los primeros capítulos fueron publicados en la revista cultural *Jerónimo*, como una novela por entregas. Tal como fue concebido *Crisis y protesta social...* era más el trabajo de un cronista que el de un sociólogo: con modestia, Delich se refería a ese estudio como «pequeño ensayo semiperiódico»,⁸ a pesar de haber llamado la atención de Gino Germani y, con el paso de los años, ser considerado uno de los trabajos más importantes sobre aquel acontecimiento.

Otros trabajos muestran que además de la imaginación y sensibilidad para comprender e interpretar los acontecimientos sociales era muy bueno para los números, como se dice, capaz de convertir datos en relaciones preciosas. Esto queda muy claro en el libro *Megalópolis...*

II. Derroteros

Pero de dónde provenía este hombre capaz de escribir un libro como *Crisis y protesta social...* con apenas 32 años. Ya mencioné uno de sus referentes: Gino Germani. Delich decía que no lo había frecuentado hasta bien entrada la década del 70, en sus últimos años; pero se jactaba de haberlo leído bien. Otros dos nombres aparecen entre los que reconocía como sus maestros: Touraine y Aricó. El primero, su faro en el campo de la sociología política a quien conoció y frecuentó en sus años de formación en París, a comienzos de la década del 60; en paralelo, el segundo «fue quien me enseñó a leer», decía.

José Aricó y la revista *Pasado y Presente* están en la vida de Delich en un momento clave de su formación. El joven

⁸ El libro es una minuciosa descripción y análisis —con abundante material fotográfico—, del acontecimiento conocido como Cordobazo y que tuvo su momento más dramático el 29 de mayo de 1969.

que viene de una intensa militancia estudiantil encuentra en la publicación cordobesa un núcleo intelectual que potenciará sus talentos y derroteros posteriores. La publicación orientada por Aricó reconoce en sus primeros números como directores a Oscar del Barco y Aníbal Arcondo; pero desde el número 5/6, de 1964, muestra una conducción colectiva, un consejo de redacción integrado por Oscar del Barco, José M. Aricó, Samuel Kieczkovsky, Juan Carlos Torre, Héctor N. Schmulder, Aníbal Arcondo, César U. Guíñazú, Carlos Assadourian y el propio Francisco Delich.

No es necesario abundar en la importancia de estas figuras en la construcción de la cultura política argentina, y su gravitación y proyección posteriores. Lo que sí es necesario recordar es la función que cumplió esta publicación en el campo intelectual en su época, el valor de las discusiones que la atravesaron y la relevancia de las contribuciones y textos que puso en circulación. Nuevamente, podemos decir, el haber estado allí, en este caso en semejante entorno intelectual, permiten explicar algo de lo que Delich llegó a ser; o de lo que estaba siendo ya entonces.

Como un espejo en el que ya estaba mirándose, vale la pena rescatar un texto de Delich, el más antiguo que conozco de él. Apareció en el N° 4 de *Pasado y Presente* y lleva por título «La teoría de la revolución en Frantz Fanon». El artículo se refiere al libro *Los condenados de la tierra*, que había aparecido en el Fondo de Cultura Económica en 1964, cuya edición original se publicó en Francia en 1961 como *Les damnés de la terre* y fue inmediatamente sacado de circulación por la policía.

No se trata de un comentario complaciente y superficial de alabanza al héroe martiniqués. Es un texto meduloso, que ilumina, analiza y evalúa en detalle las fortalezas y debilidades de las ideas expuestas, sobre las que escribió:

Las fuentes del pensamiento de Fanon hay que buscarlas en un nivel intelectual, en la corriente existencialista sartreana (lo vivido en un nivel individual) y en el pensamiento marxista en general; y en un nivel más amplio en la praxis de la revolución argelina y del continente africano a la hora de la liberación nacional.⁹

El aporte sustantivo del libro de Fanon, para Delich, debe buscarse en sus claras precisiones sobre la función del campesinado en la revolución y en sus tesis sobre la cultura nacional. El comentario de Delich abunda en relaciones muy pertinentes con las ideas de Marx y Engels, el leninismo, Sartre, Mao y la Revolución cubana. Lo sorprendente es que quien escribe esas páginas tiene apenas 27 años.

Un párrafo que complete esta semblanza del Delich debería dedicarse a su pasión por su ciudad y su barrio: Alberdi, Córdoba y ciertos personajes excéntricos que lo apasionaban como Jorge Bonino o Romilio Ribero; el debilucho río Suquía que sabía mirar; la literatura de Daniel Moyano; su amor por el Club Belgrano y la Cervecería Córdoba. Asuntos estos de los que nunca se distrajo aunque estuviera concentrado en su libro póstumo, como era el caso de los dos últimos años que vivió. Sin embargo, su atención a lo local y a lo inmediato no le hacía perder nunca perspectiva en relación con el ámbito nacional y latinoamericano que eran siempre sus referencias; al mismo tiempo que, a prudente distancia del eurocentrismo y del folclorismo, se reconocía un lector de lo universal.

Megalópolis..., es quizá su gran legado intelectual. Escrito sin la urgencia de la inmediatez de los hechos que impulsó *Crisis y protesta social...* estuvo empujado por la urgencia vital, el propio límite existencial del autor: la acechanza de

9 Delich, F., «La teoría de la revolución en Frantz Fanon», *Pasado y Presente*, Nº 4, 1964, p. 346.

la muerte, apenas atenuada por su deseo sostenido de seguir aquí, no de adorno, no jubilado, dando cabal testimonio de su paso por este mundo hasta el último momento.

En este libro, lleno de hallazgos y de provocaciones, tensó al máximo sus condiciones de analista y de observador, y dejó escrito con su estilo singular un trabajo que propone (y por momentos alcanza con gran lucidez) el intento de comprender e interpretar la naturaleza compleja y diversa de eso que se llama Gran Buenos Aires: «proponemos cambiar la mirada, aparatar el sentido común heredado, plagado de prejuicios y limitado por la ignorancia de información adecuada, demasiado instalada y respaldada por marcos de comprensión anacrónicos».¹⁰

Los textos de Delich en los que acabo de detenerme y mi relación con él en estos últimos años me permiten aseverar que su vida –su praxis y su pensamiento, sorprendentemente solidarios y consistentes– ha dejado una huella indeleble. Admiradores y detractores reconocerán por dónde anduvo. Una anécdota lo pinta de cuerpo entero. Cuando un periodista le preguntó sobre su pasión por la universidad y la educación, respondió: mi madre murió analfabeta y no pude ayudarla.

10 Delich, F., *Megalópolis...* ob. cit., p. 17.